

Narraciones populares
“La epopeya de Baïbars”

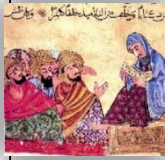
E-LIBROS
COLECCIÓN VIAJES

LAS INFANCIAS DE BAÏBARS

Edición y traducción: Esmeralda de Luis



سيرة المظاهر بيبرس



Del “Roman de Baibars”

I -Las infancias de Baibars

Capítulo 22

22 – La partida de ajedrez

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 19-08-2016
Número de páginas: 8
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

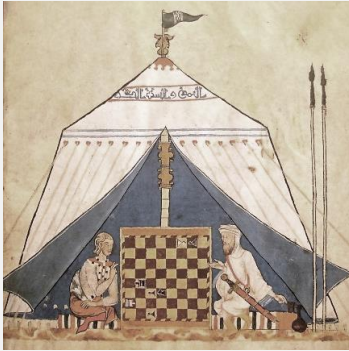
El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

22 - "LA PARTIDA DE AJEDREZ"



Y ahora volvamos a Najm El-Dîn El-Bunduqdârî... Éste se encontraba en su casa, cuando se presentó ante él un sirviente, que venía de parte del visir Shâhîn El-Afram, para entregarle una misiva. Najm El-Dîn la cogió, la besó, y después de abrirla comenzó a leer lo siguiente:

*Del visir Shâhîn a Najm El-Dîn:
Hace mucho tiempo que no nos hemos reunido,
y, nos, deseáramos que vinieras esta noche a casa,
para pasar una velada juntos y en buena compañía.
Pero si vienes, tráete contigo al Agha de los basureros, Baïbars,
porque le tengo en gran aprecio.
Saludos.*

- Escucho y obedezco –respondió Najm El-Dîn al sirviente-. Regresa a casa del visir, que nosotros partiremos al instante para ponernos a su disposición.

Asimismo hizo venir a Baïbars y le dijo:

- Hijo mío: no digas a la buena suerte ‘dame la mano’, si ésta ya te ha tendido la suya. Ven, te lo ruego, el visir Shâhîn, el primer dignatario del reino, te invita esta noche a que vengas a pasar una velada en su casa conmigo. Dice que te ha cobrado un gran afecto; cuanto más tiempo esté contento contigo, él que es la llave del reino, pondrá a tu alcance todo lo que deseas, y así tú podrás desbaratar los planes de tus enemigos y de los que te envidien.

- Iré de muy buena gana –respondió Baïbars-. Todo esto sucede gracias a tus buenos consejos, padre mío.

Montaron a caballo y se dirigieron hacia el lago Balama, en donde residía el visir. Ese lugar estaba a una hora del Cairo. Llegados al palacio, descabalaron y confiaron sus monturas a los mozos de los establos. Baïbars, mirando alrededor, vio a los mamelucos con los que había viajado desde Bursa hasta El Cairo: Qalaûn y su banda, y Edamor y la suya, que vivían en el palacio.

Cuando Qalaûn vio a Baïbars, le dijo a Alay El-Dîn: - *Baq*¹, Alay El-Dîn, llegar el maricón, el mameluco vieja dama, el que cagarse patas abajo, tener mal la cabeza y ser un fanfarrón. ¡*Allah bayyin bala versen*²! ¡Maldición! ¡Viene a caballo con el visir del lado izquierdo!

¹ En turco: ¡Mira!

² En turco: ¡Que Dios te maldiga!

Najm El-Dîn llegó hasta la planta noble en donde residía el visir, y dijo a Baïbars:

- Espérame aquí, con los mamelucos, mientras yo entro y pido permiso para introducirte en la casa.

Entonces, Baïbars se dirigió adonde estaba su amigo Edamor, que le saludó y le dio un gran abrazo. Se alegró de verle y le preguntó por la razón de su venida. Baïbars se puso a contarle todo lo que le había pasado: el por qué había venido al Cairo; cómo había matado al Agha de los basureros, y cómo el rey le había concedido ese cargo. Edamor se alegró mucho de la suerte de Baïbars; pero Qalaûn y los enemigos de Baïbars estaban a punto de pudrirse de rabia, ¡pues mucho era lo que le envidiaban!

En tanto, Najm El-Dîn, había llegado adonde el visir, que le recibió con los brazos abiertos. Se saludaron; Shâhîn dejó sitio a su lado para que se sentara allí su invitado, y se pusieron a charlar.

- Pero ¿dónde está Baïbars? –preguntó Shâhîn.

- Señor, lo he traído conmigo; le he dejado con los mamelucos, a la entrada de los apartamentos.

- ¡No era necesario que hicieras eso, visir! –exclamó Shâhîn-. ¡No me gustaría que ese muchacho se aburriera escuchando las tonterías de los mamelucos! No cabe duda de que es un hijo de buena familia. Si te dije que lo trajeras contigo es para disfrutar de su presencia, porque hoy me ha complacido mucho, por su valor y su espíritu caballeresco. ¡Dios le guarde del mal de ojo de los envidiosos!

Najm El-Dîn llamó a Baïbars y le dijo que viniera. Éste se levantó de inmediato y entró en la sala, tras guardar las manos en las bocamangas de su manto, la mano derecha sobre la izquierda. Se adelantó cortésmente hasta donde estaba el visir, besó el suelo, y dijo:

- Que Dios te mantenga en la prosperidad, mi señor. Eres mi visir y mi padre, eres el astro que ilumina nuestra noche.

Luego, Baïbars recitó estos versos laudatorios:

*Quando del cuerpo del Estado sólo quedaban jirones
tú lo reanimaste, oh príncipe victorioso,
a ti, que del honor reavivas la llama,
que tu gloria para siempre a los cielos sea elevada.*

Después se quedó quieto, con los brazos respetuosamente cruzados. Shâhîn le hizo señas para que se sentara; se sentó en el suelo, con las rodillas bajo su cuerpo, como lo dictan las buenas maneras; pero el visir hizo que se sentara a su lado, muy cerca de él.

Después se quedó inmóvil, con los brazos cruzados respetuosamente. Shâhîn le hizo señas para que se sentara, y Baïbars se sentó en el suelo, con las rodillas bajo el cuerpo, conforme a las mejores normas de cortesía; pero el visir le hizo sentarse a su lado y bien cerca.

Entre tanto, Qalaûn espiaba al otro lado de la ventana, observándoles a través de los cristales, y al ver todo esto estuvo a punto de morir de rabia:

- ¡Venir ver, Jatiri, Djavôri, Bektimûr!; ¡venir a ver!, ¡*Allah bayyin bala versen*¹! El Hây Shâhîn sentar a su lado a culo cagón. ¡Ah, y yo Qalaûn, sirviente y apaleado por amo: “¡Eh, ven acá Qalaûn, espabila la llama de la vela!; ¡eh, Qalaûn, ponme el narguile!” y si mi tardar un poco, entonces él no contento, ¡dar golpes a mí en cabeza! Y en cambio, él, mameluco vieja dama, ser Agha de la basura. ¡Ah, puerca vida ser mi vida! ¡Ah, negro destino! ¡El mundo estar de revés!

Mientras, el visir Shâhîn, conversaba con Baïbars; sus palabras le parecían más dulces que el agua de rosas para el corazón del sediento, y Dios hizo que en su corazón creciera un afecto cada vez mayor y en aumento. Ahora bien, el visir tenía por costumbre jugar al ajedrez con Najm El-Dîn El-Bunduqdârî; así que llamó a un criado y le ordenó que trajera el tablero. Colocaron los peones, las torres, los alfiles, los caballos y los reyes, y comenzaron la partida; pues habéis de saber que el ajedrez es el juego de los reyes. El visir Shâhîn ganó las dos primeras partidas a Najm El-Dîn, y comenzada la tercera, no tardó mucho en llevarle de nuevo la delantera.

Baïbars, al ver esto, se entristeció. Él era campeón de ajedrez, pues este juego es oriundo de Persia. Así que cuando se percató de que Najm El-Dîn estaba a punto de perder otra vez la partida, se afligió; ya que a fin de cuentas, Najm El-Dîn, fuera la situación que fuera, era su protector. Baïbars comenzó a agitarse y a retorcerse las manos al ver los errores del juego de Najm El-Dîn. Le habría gustado y mucho tomar la palabra, pero no se atrevía en presencia del visir. Pero este último (que la misericordia de Dios sea sobre él) era el hombre más refinado de su época, y al tiempo que jugaba, de vez en cuando observaba disimuladamente a Baïbars, viendo cómo reaccionaba. Se dio cuenta rápidamente de que Baïbars conocía el juego, pero aparentó no percatarse de nada hasta haber terminado la tercera partida con su victoria sobre Najm El-Dîn.

- Ya es suficiente, visir –le dijo entonces-, hace tanto tiempo que jugamos juntos, que tú conoces bien mi manera de jugar y yo me sé la tuya sobradamente. Esto no es divertido, pues “los ojos les gusta ver lo que nadie haya visto antes”.

Luego volviéndose hacia Baïbars...

- Ven, Baïbars –le dijo-, ¡me apetece jugar una partida contigo!

Baïbars bajó la cabeza y susurró:

¹ ¡Que Dios te maldiga!

- ¡Gracias, Señor! ¿Quién soy yo para jugar con vuestra excelencia? Además, ¿no soy tan fuerte en este juego como Su Señoría!

- No, Baïbars. Yo tengo el ojo puesto en todo, y me he percatado que, mientras jugábamos, tú te retorcías y cambiabas de color cada vez que veías un mal movimiento. Lo que prueba que tú conoces bien este juego, y a mí me apetece ver cómo te desenvuelves en una partida.

Baïbars quiso evadirse de nuevo de jugar con el visir, pero éste no quiso escuchar una palabra más. Así que Baïbars se levantó con sus buenos modales de siempre, y fue a sentarse frente a su adversario, con las rodillas debajo. Luego colocó sus piezas en el tablero. Pero Baïbars se sentía confuso, pues se hallaba frente al gran visir; comenzó la partida y Baïbars empezó a cometer todo tipo de errores a propósito.

- ¡Cuidado, Baïbars –dijo Shâhîn-. Seguro que tú no juegas habitualmente de este modo. Estamos jugando al ajedrez, y este juego está emparentado con las artes marciales y los ejercicios bélicos, lo que le hace aún más honorable. Así que, ¡abre bien los ojos, y no te estés preocupando porque estás en una confrontación con el primer dignatario del reino. Es en El Consejo, hijo mío, en donde yo soy visir. Ahora, los que estamos aquí, sólo somos criaturas de Dios. Quiero que me muestres de lo que eres capaz.

- Señor, hágase según tus deseos –respondió Baïbars.

Y se puso a jugar de tal forma que tomó la delantera al visir y estuvo a punto de vencerle. Baïbars conocía las aperturas, trucos y jugadas que el visir no había visto nunca, e ignoraba por completo. Hecho esto, Baïbars dio la victoria a su adversario y se dejó vencer a propósito. La segunda partida se desarrolló de igual manera. El visir comprendió de inmediato que sus victorias se debían únicamente a la buena educación y cortesía de Baïbars. Entonces el visir quiso recompensarle ofreciéndole un presente, por consideración a él y a Najm El-Dîn.

- Y bien, Baïbars –dijo el visir-, hasta ahora te he ganado las dos primeras partidas. Nos queda la tercera, y es en esa partida en la que se va a jugar el todo por el todo. ¡Por mi cabeza y por la cabeza de nuestro Señor el sultán, si me ganas, te regalaré este puñal; pero si soy yo el que te venza, te quitaré el turbante de la cabeza¹!

Al decir esto, el visir tan solo quería alentar a Baïbars, y hacer que perdiera sus reservas, pues se había dado perfecta cuenta de que estaba ante un campeón que no tenía parangón en todo El Cairo, y que únicamente su extremada cortesía, deferencia y educación, le habían empujado a abandonar la victoria. Baïbars, ante esas palabras se animó; especialmente porque había un desafío en el desenlace de esa partida. Le atemorizaba perder y tener que descubrir su cabeza, dejando allí su turbante; pues creía que el visir había hablado en serio; no podía saber Baïbars que el visir

¹ Lo que, según las costumbres de la época, constituía una humillación muy grave.

únicamente quería alentarle. Así que prestó la máxima atención a las jugadas, pues como habíamos dicho, Shâhîn ya había salido victorioso de las dos primeras partidas y a Baïbars sólo le quedaba una oportunidad. Se puso a jugar en serio, y en un abrir y cerrar de ojos le dio jaque mate al visir. Y al llevar la ventaja en la apertura, Baïbars se alzó también con los dos movimientos siguientes.

- ¡Bravo, emir Baïbars! –le dijo Shâhîn entusiasmado-. ¡Por la cabeza de nuestro señor el sultán, mereces que te salude mil veces!

Shâhîn llevaba un puñal adornado con piedras preciosas; la empuñadura estaba cuajada de esmeraldas y realzada con rubíes. Shâhîn lo cogió y se lo puso a Baïbars en su cinturón.

- Baïbars –dijo-, este puñal, en realidad no lo has ganado por una partida de ajedrez; es un regalo que te hago, porque no me atrevía a ofrecértelo de otro modo¹.

- Señor, ¡que Dios te de larga vida y que haga temblar al mundo con las nuevas de tu gloria! Me has colmado de favores a los que yo sólo puedo responder con mi gratitud; tus buenas acciones son tan grandes que nada más puedo pedir a todo el universo.

Tras estas palabras, se prepararon para despedirse del visir.

- Espera un poco, Baïbars –dijo el visir-. Najm El-Dîn está siempre muy ocupado y raramente encuentra ocasión para venir a verme. Pero tú, vente todos los días a pasar conmigo la tarde.

- Es un inmenso honor el que me otorgas –exclamó Baïbars, tras besar el suelo.

Durante todo ese tiempo, Qalaûn se había quedado detrás de la ventana espiando todo lo que pasaba. Cuando vio que el visir manifestaba tantas muestras de amistad a Baïbars, que hasta le trataba como un compañero de juego en el ajedrez, y que le regalaba su puñal, se le retorcieron las tripas de envidia.

- ¡*Allah bala versen!* -exclamó furioso-. Agha Shâhîn *echta* mameluco vieja dama a su lado. “Bravo, emir Baïbars” decir a él. Jugar con él; visir regalar puñal y en cinturón poner. ¡Y nada para Qalaûn: no buenos días, no saludos; para Qalaûn sólo bofetadas, sólo trabajos!

Qalaûn bullía de celos, él y los enemigos de Baïbars; ¡si hubieran podido degollarle en ese momento y beberse su sangre, lo habrían hecho!



¹ Según el Islam, las ganancias procedentes del juego son ilícitas.

Aquí la narración continúa en el próximo capítulo titulado

“Junto al lago Balama”

De cómo el primer visir Shâhîn le invita a Baïbars a que venga a entrenar con los otros mamelucos a su campo de ejercicios, junto al lago Balama. Baïbars muestra su destreza como jinete, enfrentándose incluso al propio visir, que ante su maestría, le nombra instructor de todos sus mamelucos, lo que aumenta aún más la envidia y la furia de Qalaûn...



23.- “Junto al lago Balama”

Próximamente en www.archivodelafrontera.com